

*PARA UNA ARQUEOLOGÍA DEL IMAGINARIO
MEDIEVAL. MITOS Y RITOS PAGANOS EN EL
CALENDARIO CRISTIANO Y EN LA LITERATURA
DEL MEDIOEVO (SEMINARIOS EN MÉXICO)*

Philippe Walter

Edición y traducción de Cristina Azuela

Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones
filológicas, Ediciones especiales 68, México 2013. 237 pp.

(ISBN 978-607-02-4722-4)

Consuelo Ruiz Montero

Universidad de Murcia

El profesor Walter es director desde 1999 del *Centre de Recherche sur L'Imaginaire* (CRI) de Grenoble, Francia, y es autor de varias traducciones al francés moderno de las más importantes obras del francés medieval, así como de más de 30 libros, y de más de 170 artículos especializados. Es, pues, un experto en la materia objeto de este libro.

La obra está compuesta por ocho capítulos, precedidos de una "Presentación" (p.5-8) a cargo de Cristina Azuela, y seguidos de un "Epílogo" cuya autora es Blanca Solares (p.201-18). Cierran la obra una "Bibliografía general" (p.219-236) y un "Índice". Los capítulos proceden de una serie de conferencias impartidas por Walter en el Instituto de Investigaciones Filológicas de México entre 2009 y 2011.

El capítulo 1 se denomina la "La aculturación del paganismo por el cristianismo en la Edad Media" (p.11-32) y estudia la síntesis que realizó el cristianismo de oriente de los cultos y mitologías que le precedieron en el occidente pagano, esto es, celtas, germanos, e incluso otros prehistóricos, que son, así, reconvertidos en una "mitología cristiana". Se conservan, de esta manera, las paganas fogatas de San Juan y el árbol de Navidad, a la vez que muchos relatos hagiográficos medievales son un trasunto de antiguos intercesores paganos, como es el caso de San Martín, de las leyenda del apóstol Santiago y de San Patricio de Irlanda.

El capítulo 2, "San Antonio y el Carnaval" (p.33-64) se centra en la tradición del santo egipcio, que parte de la *Vida de Antonio* escrita por San Atanasio de Alejandría en el s. IV d. C., (el santo nace en el 251 d. C.) a la que hay que añadir representaciones iconográficas y

ritos de conmemoración. El hecho de que en la *Leyenda dorada* de Santiago de la Vorágine (más comunmente traducido como “Jacobo de la Vorágine”), escrita en el s. XIII, la *Vida de Antonio* no incluya casi nada del texto griego de Atanasio es un claro ejemplo de cómo funcionaba la hagiografía medieval: la leyenda terminó por reemplazar a la realidad. La verdad imaginada es ahora lo más importante, y se justifica por sí misma. El autor estudia el origen del culto a San Antonio, que aparece ya en la región de Grenoble en el s. XI, y su relación con el carnaval, destacando la figura del cerdo como elemento innovador, típico ahora del santo, y la importancia del calendario para su culto, para concluir que sus ritos se fundan en creencias relativas al Más Allá, de forma que el santo se convierte en una especie de intercesor, guía de las almas, alejándolas de los demonios (p.64).

“Santiago matamoros y la canícula” es el título del capítulo 3 (p.65-84), en donde el autor observa cómo la estatuaría del citado santo remonta a orígenes clásicos, tales como “Apolo atravesando con sus flechas a la serpiente Pitón” (p.72), o Cástor y Pólux (p.73). También para el dragón sustituido por los toros (p. 80) se podrían citar precedentes en el mito de Medea, y para la tauromaquia (p. 81) hay que recordar la presencia de rituales parecidos en Creta. Walter cita al respecto la astrología antigua en su relación con el calendario ritual del santo, y con el origen de la Vía Láctea, y estudia motivos de mitos egipcios, griegos, y romanos, que recurren en varios relatos hagiográficos, como los de Santiago, San Tropez y San Vicente (p.84). La importancia del calendario es asimismo patente en este capítulo.

El capítulo 4 está dedicado a un tema tan fundamental, y delicado, como las relaciones entre mito y rito, “El rito como rostro oculto del mito” (p.85-108). El autor aborda el problema partiendo de los estudios de Lévi-Strauss, James Frazer, Pierre Saintyves, y Claude Gaignebet. Así, pone varios ejemplos literarios medievales que ilustran el paralelismo entre mito y rito acudiendo a Frazer, y cita ejemplos de cuentos de Perrault, estudiados por Saintyves, que demuestran que ciertos motivos del cuento derivan de ritos, a los que el etnólogo francés mencionado analizaba según el “método de las secuencias”, precursor del estructuralismo (p.96), y cuya línea seguiría Gaignebet. Walter los traslada a relatos medievales, y los analiza finalmente desde la perspectiva metodológica de Lévi-Strauss. Todo ello demostraría la unión entre el mito y el rito subyacente. En un tema tan poliédrico y controvertido, las interpretaciones de Walter no siempre resultan convincentes. O incluso pueden añadirse otros rituales más antiguos, como el griego del *pharmakós*, a la hora de analizar la historia de Tristán e Isolda (p.99).

Muy curioso resulta el capítulo 5, “Los ritos alimentarios: Carna, el carnaval, las habas y el tocino” (p.109-134), en donde recurre de nuevo a las fuentes clásicas: los pitagóricos, Plinio, los *Problemas* atribuidos a Aristóteles, Diógenes Laercio, y Cicerón son citados para explicar la dieta medieval y su interpretación de los tipos de melancolía, que estarían ejemplificados también en personajes como Don Quijote y Sancho Panza (p. 127ss).

Sugestivo es también el capítulo 6, “Los ritos del calendario. El árbol de Navidad: ¿un rito sin mito?”(p.135-156). Partiendo de su origen en la tradición celto-germánica, Walter estudia la trayectoria de este “árbol del Otro Mundo” y su relación con la figura mítica pagana de Papá Noel (Santa Claus), para concluir que éste es un “hombre de los bosques”, un “personaje feérico, iniciado e iniciador”, que aparece para indicar el camino a los caballeros extraviados”, “una especie de Hermes” (p.150). Por su parte el árbol de Navidad es

un hombre árbol, un árbol encantado, que refleja la ambigüedad del misterio del solsticio de invierno. También aquí son fundamentales calendario y carnaval.

En el capítulo 7, “El archipiélago artúrico. Los relatos de navegación irlandeses como origen de las novelas de la Mesa Redonda” (p.157-181), el estudio de los relatos irlandeses de navegación (*immrama*) le sirve para reinterpretar la temática y la estructura de una buena parte de la literatura artúrica, sobre todo en las novelas en prosa del grial. A su vez esos *immrama* son herederos de una tradición de origen indoeuropeo, la iniciación hiperbórea, con lo que remite de nuevo a un motivo griego, el Apolo hiperbóreo (p.181).

Finalmente en el capítulo 8, “Tres formas de transmisión de un mito: palabra, imagen, rito. El caso de Melusina” (p.183-200), el resultado de su interpretación entrelazada de esas tres formas de transmisión del mito de Melusina, de cuyo nombre da explicaciones muy singulares (p.194), le lleva a preguntarse si no existiría una fórmula arquetípica única que permita descubrir formas de correspondencias simbólicas y esquemas comunes entre esos tres medios de expresión del mito. A los datos comparativos que aporta se podría añadir el cuento de Cupido y Psique que relata Apuleyo en sus *Metamorfosis*, y que comparte el motivo fundamental del tabú con la historia de Melusina.

En el “Epílogo” (p.201-218) Blanca Solares realiza unas lúcidas reflexiones sobre los estudios de lo *imaginario* medieval de Walter, cuya instancia mayor es constituida por el *mito*, al que define como una “totalidad multidimensional”(p.209), “cuya función es ser generador de formas simbólicas” (p.211), cuyo rasgo central es “su capacidad de suscitar nuevos relatos” (p.211), y cuya “reconstrucción *arqueológica* es necesaria” (p.212).

Los análisis de Walter son siempre sugestivos, y la lectura del libro muy amena. Los datos comparativos que maneja son igualmente muy abundantes y demuestran la erudición del autor. La bibliografía es bastante amplia, incluyendo las modernas perspectivas de análisis literario representadas por Genette y Jauss. Siendo su principal propósito y método de tipo comparatista, Walter presta más atención a los motivos temáticos que a las estructuras morfológicas, y así, la metodología funcional de Propp no aparece en la obra. Se le podría exigir a veces mayor profundidad en el estudio de las fuentes clásicas, y mayor precisión en sus citas, pero hay que tener en cuenta el carácter de transcripción de varios cursos que representa este libro.

La lengua epicórica de la edición se advierte en giros como “cuantimás porque” (p.97), “riesgoso” (p. 112), “Entre más se acerca al árbol...” (p.138), “amada por Jano gracias a quien...” (p.144), “los días sábado” (p. 184), que confieren cierta gracia a la traducción desde la perspectiva de una audiencia española. Dicha traducción parece ser correcta, aunque creemos que debe corregir “literatura arturiana” por “artúrica” (p.202), “lo ritual” por “el ritual” (“le rituel”, p. 87), “Martha” por “Marta” (p. 80), “hindús” por “hindúes” (p. 7), acentuar “período” (p.95, etc.) y evitar el hiato en “salvado de la hambre” (p.178).

Los errores gráficos son muy pocos: por ejemplo, se echa en falta la preposición “de” en “es capaz resucitar” (p.143), sobra la coma en “hoguera, misma” (p. 49), y en p. 166 se lee “fácilmente” y “cuidad”, respectivamente por “fácilmente” y “ciudad”.

En suma, el libro cumple con los preceptos clásicos de instruir y deleitar a la vez, en la misma proporción, lo que es mérito grande del autor, de la misma manera que su publicación constituye un acierto evidente de su editora, por lo que ambos deben ser felicitados.